



**POSTAL  
GERUNDENSE**

## UNA CIUDAD QUE INVITA A CRECER

Por JORGE DALMAU



Alguien muy encariñado con la vida de Gerona dijo que todas las ciudades deberían tener una población máxima de treinta mil habitantes. Pasando de ahí la vida —la contada con sencillez— se escapa. ¿Por qué nuestro amigo dijo treinta mil? Porque Gerona los tiene, y le gusta. Es su razón, y buena.

Hay varias maneras de vivir en Gerona. Una, la de quienes llegaron con empleo para ejercerlo aquí y, a pesar de haber progresado en familia, situación y amistad, lamentan los clásicos ayes de que Gerona es aburrida, pequeña y pueblerina. Olvidan esos que el hombre es de donde padece y no de donde nace, y si aquí hallaron su buen pasto, quedarían más tranquilos si no considerasen extraña esa tierra, que también les pertenece. Otro modo sería el de aquellos que habiendo conocido ocasionalmente otra ciudad, por ejemplo cuando el servicio militar, sólo hablan de «otro ambiente», «otra cosa», y cuando van a solucionar el poco aire de Gerona, uno expone la necesidad de una nueva sala de baile, otro que las chicas sean más modernas, un tercero opina que no hay remedio; en fin, soluciones que ni sumadas llegan a la unidad, pero hay que comprenderlas en función de la juventud. (Después de todo, creemos sinceramente —y entre buenos paréntesis— que Gerona es para vivirla más en la madurez que no en la juventud de la edad. Muy simbólico e ilustrativo de esto es que el mejor cielo gerundense es el de una tarde del mes de octubre, aire pleno, color, serenidad, paz.)

Y va otra manera de vivir en Gerona. La de

vivir Gerona. Haber nacido donde sea, pero matar horas en algo gerundense, sentir como propio un buen acuerdo municipal, un mal cartel de Ferias, un concurso de algo, un proyecto discutible o una indiscutible falta de limpieza, todo construyendo y pensando en aquellos treinta mil habitantes, no en el habitante «yo». Esto es convivir y conllevar. Al margen, si hablamos de la distancia material, se encuentran quienes sintiéndose todavía gerundenses tienen ahora sus raíces lejos de nuestro término municipal. Unas Ferias, dos días de fiesta, el bautizo amigo, una Navidad, pueden ser motivo de apearse del tren donde un letrado dice «Gerona». Se les ve llegar con cara de gerundense y de una forma u otra se les tiene que agradecer el gesto, por lo menos cruzando la calzada y decirles algo o hacerles notar que aquí continuamos siendo treinta mil...

¿Qué pasaría si Gerona tuviera varios miles de habitantes más? De momento le gustaría más al funcionario que aquí se siente como desterrado. Puede que los cines programasen más variedad, y no ocurriría lo de ahora que al mirar la cartelera parece que la vista tartamudee igual que si mirase una foto movida, de tanto leer los anuncios por duplicado. Es difícil imaginarse Gerona con doble o más número de habitantes, pero es fácil pensar que no veríamos a aquel amigo que viene por San Narciso, ni saludaríamos tan fácilmente al otro con su último hijo de paseo, ni en la Dehesa encontraríamos caras conocidas en cada corro de sillones. La vida no se palparía tanto.

La preocupación de Gerona no creemos sea la de lograr el crecimiento en número de habitantes. Podríamos, antes, intentar un poco de orden en todo. Ya se hace y se ha hecho mucho. Si de súbito nuestros abuelos vinieran a cruzar ahora la Plaza del Marqués de Camps, tal vez dirían que somos unos complicados o unos hombres-pieza; pero si se les hiciera observar que en esta nuestra época ya no circulan sus diligencias, que la ciudad tiene allí una arteria, y que hoy, estando sanos, no nos acostamos a las ocho de la tarde, tendrían que comprender que aquello es un orden y una exigencia, no un lujo ni un afán de modernismo.

No debería preocuparnos demasiado si los censos no señalan aumento de habitantes. Doctores tienen la ciencia que estudiarán el caso con la Economía en la mano. Miramos aquí el hecho con la anécdota en el corazón, y creemos que sería de temer si Gerona ciudad no tuviera deseos de crecer hacia dentro, como las raíces, pero está demostrando que deseos no le faltan. Ahora lo importante para continuar siendo Gerona será saber equilibrar el paso al frente que se empieza a dar con las cosas, que

si es preciso irán quedando atrás, ya sea el aceptar calladamente una multa por haber bañaseado el río, ya sea la supresión de la fiesta mayor de una calle en atención al creciente tránsito de vehículos, ya sea hacernos a la idea de que si es preciso, con el tiempo, para ir de casa al trabajo habremos de pasar no ocho semáforos, sino ochenta veces ocho, con el agravante de que en el frío indicador ya no se nos llame «gerundenses», sino «peatones». Si no sabemos aceptar el cambio, es que el crecimiento nuestro es defectuoso y exige más civismo.

Cuando nuestras cosas de antes vayan quedando atrás, en ese ir adelante habrá que desconfiar de los que tengan prisa y de los que tengan pausa, porque no servirán para el crecimiento, ni quienes apresurasen el olvido de nuestro tradicional modo de vivir Gerona, ni quienes por sentimentalismo senil llorasen demasiado fuerte los tiempos idos de la pequeña ciudad. Hay que crecer a paso de auténtica Gerona. Es un trabajo para treinta mil habitantes.

---

## TEATRO GRIEGO EN LA ESCALA

En medio de la serenidad de la noche estival mediterránea, junto a las playas que recogieron siglos ha el primer aliento de la cultura clásica en nuestra patria, han resonado recientemente los acentos trágicos de Sófocles, el triunviro de la tragedia griega, con la representación al aire libre de «EDIPO REY» en versión al castellano de López Arana y de «ANTIGONA» en versión de José María Pemán. Cuatro han sido las representaciones, dos por cada obra, en el paraje escalense denominado «La Punta», plaza barandada que avanza levemente hacia el interior de la inmensa bahía de Rosas, donde en estas noches tan acariciantes y evocadoras el recitar de los actores tenía como música natural de fondo el chasquido del oleaje al estrellarse contra las rocas que hacen de recio pedestal a «La Punta».

Es notable también el hecho de que, momentos antes de iniciarse la representación, tenía lugar la partida de las embarcaciones de pesca que desfilaban por las centelleantes aguas en fantasmagórica procesión para ir a congregarse en el centro de la bahía, donde rebullen el mero, la lubina, la dorada y tantas otras especies marinas afanosamente buscadas para el servicio de la refinada gastronomía.

En este marco ha ido desarrollándose la trama de estas tragedias griegas magníficamente puestas en escena con un somero y elocuente montaje por la Agrupación Escénica «Arlequín», elenco figuerense, —con la colaboración de la primera actriz María Matilde Almendros— que dirige Tony Montal, bajo el patrocinio del Ayuntamiento y de la Junta Local de Turismo de La Escala.

Es de lamentar que el público fue escaso aunque las ovaciones fueran intensas. Y es lástima, tratándose de espectáculos de tan excepcional calidad y tan maravillosamente enmarcados.

JUAN GUILLAMET